

# IN MEMÓRIAM:

## León Olivé, una vida en defensa del pluralismo

Mario Alberto Cortez Rodríguez  
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

La situación de la filosofía en nuestros días es bastante particular. Se le percibe como una disciplina que se ocupa de las preguntas fundamentales que nuestra condición humana, caracterizada esencialmente por nuestra finitud, nos obliga a plantear, generando la convicción de que todo ser humano debería ocuparse en algún momento de ella. Sin embargo, cuando alguien hace caso de esta recomendación y se acerca a lo que de filosofía se publica en revistas y libros se topa con que, en su gran mayoría, se trata de asuntos técnicos y especializados que son de difícil acceso. Ciertamente es que el estudioso de la filosofía se ve con frecuencia en la necesidad de hacer uso de un lenguaje y planteamientos que no son del dominio de cualquier posible lector de su trabajo. Pero, ¿dónde quedan entonces aquellas “preguntas fundamentales” que todo ser humano consciente debe formularse y tratar de responder?

No son muchos los filósofos que en el medio académico universitario de nuestro país se atreven a acercarse a estas preguntas, tratando de esclarecerlas, plantarse ante ellas, decir algo significativo y, de ser posible, original. Y menos aun los que se acercan a ellas a partir de las áreas de su trabajo cotidiano dentro de la filosofía.

León Olivé no se sustrajo del todo a esta tarea. En el primer capítulo de un breve texto titulado *Cómo acercarse a la filosofía* se ocupa de una de

estas cuestiones fundamentales, la de la muerte. Su intención es la de ilustrar la forma en que procede el análisis filosófico ante un tema como éste. Con el análisis filosófico nos esforzamos en plantear correctamente la pregunta, establecer desde qué ámbitos podemos ensayar una respuesta, a qué evidencias, experiencias o conocimientos podemos apelar, y qué clase de respuesta podemos esperar. Así, respecto a la pregunta de qué es la muerte,

una reflexión filosófica debe dejar en claro el papel de la ciencia, su alcance y sus limitaciones, para la comprensión de la vida y la muerte. Por otra parte, debe establecer la esfera de legítima competencia del propio análisis filosófico y, por consiguiente, indicar dónde comienza lo que está más allá de la reflexión racional: el campo de la mística y de las religiones.<sup>1</sup>

De esta manera, la pregunta por la muerte puede ser abordada desde la perspectiva de la biología, y dado que en ella se la entiende en oposición a la vida, entonces el uso correcto del concepto dependerá de que se pueda establecer con precisión qué es la vida. Pero hay aquí dos problemas centrales, uno teórico y otro empírico. El primero se refiere a establecer qué se quiere decir cuando se afirma que una entidad tiene vida; el segundo, a establecer las condiciones bajo las cuales podemos aplicar correctamente el concepto de vida a algo.

Llegamos entonces a obtener una idea lo que es la muerte en un terreno de conocimientos bien establecidos, aunque puede ser modificada conforme aquellos se desarrollan. Y sí, obtenemos una respuesta científica, concreta, funcional, que se aplica por igual a todos los seres vivos, humanos o no.

La muerte sería un estado definido por la ausencia de valores dentro de rangos bien establecidos, de las variables que corresponden a los parámetros que identifican los signos vitales de las entidades que la propia biología define como vivas, estado que debe ser posterior a otros en los que esos parámetros hayan tenido todos sus valores dentro de los rangos establecidos para considerar a la entidad como viva.<sup>2</sup>

Pero esta respuesta no nos dice nada sobre otros aspectos de la pregunta que no han sido tocados siquiera, por ejemplo sobre la conciencia de la muerte, que da origen a otras preocupaciones que también debemos atender. Algunos de estos aspectos pertenecen a la dimensión en la que se establecen deberes, obligaciones y derechos, en la que nos planteamos cuestiones como la de si es legítimo quitar la vida a una persona y en qué condiciones lo sería, o la de si existen razones por las cuales nosotros mismos debemos aceptar morir o al menos poner en riesgo nuestra vida. Es claro que en esta dimensión existen diversas creencias sobre hechos, principios, valores morales e incluso convicciones religiosas que hacen que sea poco razonable esperar respuestas únicas.

Aunque en este ámbito normativo y valorativo podemos plantear muchas y difíciles preguntas, queda pendiente “uno de los mayores problemas con respecto a la vida y la muerte que pueden plantearse los seres vivos que tienen conciencia, [...] el del ‘sentido de la vida’”.<sup>3</sup>

Uno puede pensar que el hecho de que haya nacido, de que viva, es contingente, es decir, que no había ninguna *necesidad* en el universo de que uno naciera y viviera, pero dado que ya se ha producido el hecho, contingente, de que uno ha nacido y vive —lo cual admite una explicación biológica—, uno puede plantearse el problema filosófico de por qué continuar viviendo y qué *sentido* puede tener eso.<sup>4</sup>

De alguna manera, encontrar la respuesta a la pregunta “¿por qué debo yo vivir?” es una forma de dotar de sentido a nuestra vida, una respuesta que no puede ser ajena a los valores, convenciones y condicionamientos a los que nos vemos sujetos desde nuestro nacimiento, pero con la que debemos tratar de ir más allá de ellos. Platón, Cicerón y Montaigne sostenían que aprender a filosofar es aprender o prepararse para morir y que responder con sabiduría a esta pregunta es fruto de este aprendizaje, una respuesta que dote de algún sentido a nuestra vida y nos haga aceptar nuestra finitud sin estridencias ni temor. Por otra parte, el consuelo que la religión propone ante la inevitabilidad de la muerte excede los límites de lo que la filosofía puede manejar.

En las páginas de este texto de divulgación aparecen con claridad los rasgos más notables de todo su trabajo filosófico: la claridad, el rigor conceptual y argumentativo, su preocupación por ocuparse de temas de gran importancia en nuestra sociedad, evitando siempre la tentación de la certeza, de sentirse poseedor de una verdad sin fisuras; pero huyendo también del relativismo facilón, irresponsable y paralizante. Intenta elaborar “un relativismo que no excluya la posibilidad de crítica desde puntos de vista diferentes, sino que, por el contrario, dé cuenta de cómo la crítica es indispensable para el progreso del conocimiento”.<sup>5</sup> Es esto lo que denomina pluralismo. Para Olivé,

la visión pluralista sostiene que en virtud de la diversidad de recursos, siempre variables, así como por la diversidad de principios que establecen lo que significa comportarse racionalmente en cada contexto de interacción, no es posible aspirar a un consenso universal. El pluralismo significa la aceptación de la diversidad en asuntos factuales, y en asuntos cognoscitivos, éticos y estéticos. El pluralismo epistemológico nos acerca más a lo que realmente ocurre cuando usamos la noción de verdad y cuando ejercemos la capacidad que llamados razón.<sup>6</sup>

Piensa además que este pluralismo es razonable no sólo en el ámbito epistemológico, sino también en los ámbitos ético y político. Es absurdo todo proyecto político que pretenda eliminar la diversidad cultural, por ejemplo, e institucionalizar un solo modelo de organización de la vida social y una jerarquía de valores absoluta, definitiva. Lo deseable es construir una sociedad global en la que las diversas culturas puedan preservar su identidad, abiertas a enriquecer a otras pero también con la posibilidad real de beneficiarse de los logros alcanzados por el resto a través de contactos e intercambios basados en algunos principios básicos de convivencia que puedan ser consensados, al menos en lo general, por todas ellas. Lo mismo debería suceder en el ámbito ético, en el que debemos aceptar la existencia de una diversidad de valores, normas y objetivos, sin que ello conduzca a la parálisis o a la separación, sino a aceptar la necesidad de comunicarnos y colaborar para acordar algunas

metas comunes que nos permitan llevar a cabo nuestros proyectos de vida, personales y comunitarios, sin interferencias injustificadas.

Creo que, para Olivé, es el pluralismo un intento de apreciar el valor de la diversidad, esa que muchos siguen viendo como síntoma de inmadurez epistemológica, en el ámbito del conocimiento, y como fuente de división y hasta de conflictos, en el ámbito de la vida práctica. A fin de cuentas, la filosofía tiene como una de sus tareas centrales la de aprender a tratar con la diversidad de manera razonable, sin desesperarnos ante ella deseando encontrar un punto arquimédico que nos sirva de asidero o sucumbiendo ante el “todo vale”, sino buscando convertirla en acicate para dar respuesta a esas preguntas fundamentales que trae consigo nuestra condición humana de manera siempre creativa y con la pretensión de sean significativas para todos, a pesar de esa diversidad.

El 10 de febrero de 2017 apareció en la página electrónica del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM la noticia de la muerte del filósofo mexicano León Olivé Morett, institución a la cual estaba adscrito desde 1985 y en la que ocupó diversos cargos directivos. En su actividad filosófica se centró en áreas como la epistemología, filosofía de la ciencia y de la tecnología; y en el análisis de los problemas éticos y políticos que surgen de las relaciones entre culturas diversas. Pionero en nuestro país en esos ámbitos, creador de tesis originales y análisis profundamente esclarecedores, Olivé es sin duda un filósofo de referencia no sólo en México sino, al menos, en toda la América de habla española.

En diversas ocasiones fue profesor invitado en algunos diplomados de Filosofía de la Ciencia y en la Maestría en Filosofía de la Cultura de la Facultad de Filosofía “Dr. Samuel Ramos Magaña”, y en el año 2000, conformó el comité organizador del I Congreso Iberoamericano de Filosofía de la Ciencia y la Tecnología “El conocimiento y el desarrollo en el siglo XXI”, que tuvo lugar en nuestra Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Montaigne insiste en que “[n]o sabemos dónde nos espera la muerte; esperémosla en cualquier lugar. La premeditación de la muerte es pre-

meditación de la libertad. El que aprende a morir, aprende a no servir. El saber morir nos libera de toda atadura y coacción”.<sup>7</sup> Creemos que el Dr. León Olivé nos ha dejado estando libre de ataduras y de toda coacción.

## Notas

<sup>1</sup> Olivé, León, *Cómo acercarse a la filosofía*, México, Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Limusa, 1991, p. 16.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>5</sup> Olivé, León, “Constructivismo, relativismo y pluralismo”, en *El bien, el mal y la razón. Facetas de la ciencia y la tecnología*, México, UNAM, 2000, p. 183.

<sup>6</sup> Olivé, León, “Pluralismo epistemológico”, en *El bien, el mal y la razón. Facetas de la ciencia y la tecnología*, México, UNAM, 2000, p. 194.

<sup>7</sup> Montaigne, Michel de, *Ensayos (Vol. I)*, Barcelona, Altaya, 1994, p. 130.

